

«El miedo es el sentimiento más profundo»

Una entrevista con Michael Haneke

Por qué la sociedad burguesa empieza a asustarse de sí misma? El director Michael Haneke habla de nuestra mala conciencia, su nueva película «Caché» y su versión de «Don Giovanni» representada en París.

Die Zeit: Sr. Haneke, en su película «Caché» se percibe un malestar, un malestar en la cultura burguesa ¿De dónde proviene este malestar?

Michael Haneke: El malestar proviene de nuestra experiencia. Es que tenemos muchos motivos para sentirnos incómodos. Es por eso que mi película trata de la mala conciencia. Hay quien toma somníferos, como el personaje de Daniel Auteuil, otro se suicida bebiendo, otro trabaja como un idiota, como yo. Y otro más da dinero para fines benéficos. Es que ésa es nuestra forma de tranquilizar nuestra conciencia. La frase central de la película es: «Es asombroso todo lo que uno es capaz de hacer para no perder nada» – esa frase nos acompaña todos los días. Soy un hombre liberal, pero si alguien me dice, qué casa más bonita tiene usted, y me pregunta si puede alojarse con su familia en ella, porque está muy mal, entonces rápidamente se acaba mi tolerancia. Eso ya lo sé yo. Entonces uno ya no se siente tan bien. No todo el mundo puede ser un Albert Schweitzer.

En «Caché» se desmorona el mundo de un intelectual francés, un pope televisivo de la literatura. Siendo niño había traicionado por celos a un chico argelino acogido en la familia, quien por ello será ingresado en el orfanato. Ese pasado ahora vuelve. ¿Se podría decir que su película tiene algo de profecía? ¿Había vaticinado las revueltas en los suburbios franceses?

Eso no es nada nuevo, para eso no había que ser profeta. Este problema ya lo tenemos desde hace mucho tiempo en Francia. Los banlieus son una herencia del colonialismo. Los coches ya habían ardiendo antes y seguirán ardiendo en el futuro. Un día vi un documental en Arte por el que me enteré de una masacre de argelinos cometida por la policía francesa el 17 de octubre de 1961. Durante 40 años nadie ha escrito sobre ello en Francia, a pesar de que la prensa de este país es relativamente liberal. Entonces me puse a investigar y me quedé atónito. No quería hacer una película sobre la guerra y el problema de Argelia, más bien sobre cómo se borraron unos hechos. Resulta que asesinan a 200 personas y se tiran sus cuerpos al Sena y se quedan flotando en el agua varias semanas y nadie habla de ello – ¡durante 40 años! Ése era el desencadenante. También encajaba perfectamente con la edad de Daniel Auteuil. Y quería hacer una película sobre alguien que se tiene que enfrentar a algo que cometió de niño. Porque a los niños siempre se les considera inocentes y no responsables.

El meollo de «Caché» es, pues, el retorno de lo que se querría olvidar.

Siempre digo: Lo que se barre debajo de la alfombra, algún día termina por poner la alfombra en movimiento. Todos vivimos permanentemente con sentimientos de culpa. Eso es inevitable, es una *condition humaine*. Siempre se tiene, si se quiere o no, alguna culpa de lo que le sucede al otro. La culpa está donde surge el sufrimiento. No podemos vivir sin culpa, como parte de una sociedad, de un sistema, uno siempre es culpable. La cuestión sólo está en cómo manejar esta situación. Y la mayoría de las veces huimos de ella.

[...]

Sin embargo, ahora parece llegar una gene-

ración a la que no se puede aplicar su frase «Todos tenemos mala conciencia». Una generación que sencillamente vive el mundo tal como es.

Creo que eso es una máscara que esconde el puro miedo. A menudo oigo la frase: Sr. Haneke, qué pesimista es Usted. ¿Hay que contar cosas así? Siempre se me reprocha ser un moralista. Eso de moralista ya se ha convertido en un insulto. Si alguien reflexiona críticamente sobre algo, entonces ya está pasado de moda. Los medios lo dicen continuamente. Pero cuando se habla con la gente, realmente no es así, exceptuando un par de cretinos. Cuando leo una crítica, sé la edad del crítico. Puedo ver en su texto si se ha criado con la televisión o no. Yo me he criado sin televisión. No empecé a ver la televisión hasta después de la universidad.

[...]

En Alemania, la televisión y los medios lanzaron una gran campaña de optimismo con el lema «Tú eres Alemania». ¿Se está formando una nueva cultura de la represión de la memoria?

No se está formando, ya está completamente formada. De eso precisamente vive todo el entretenimiento norteamericano. Y Austria –no sé si Alemania también– no es más que una provincia cultural de Norteamérica. Volker Schlöndorff lo escribió en este periódico: «En mis tiempos, todo el mundo miraba hacia Francia». Francia era la meca. Sartre, Camus, la Nouvelle Vague etcétera. En mi época de estudiante, a las 22.00 se podía ver una película de Resnais o Bresson. Eso hoy ya no lo hay. En Francia por ejemplo hay DVDs de todos los clásicos con subtítulos. En Austria no existe nada de eso. No hay mercado para ello. Mis estudiantes no tenían ocasión de conocer nada de eso.

¿Quiere decir con esto que el mercado bo-

Siempre digo:
Lo que se barre debajo de la alfombra,
algún día termina por poner
la alfombra en movimiento.



Ilustración: Mechelin van der Heijden

rra la memoria cultural?

Por supuesto. Es tan agradable. La memoria siempre es desagradable porque requiere esfuerzo.

¿Lo dice el eterno pesimista?

Siempre digo: pesimistas son aquellos que hacen películas de entretenimiento, porque creen que la gente es demasiado estúpida para tomarlos en serio como interlocutores. ¡Eso es pesimismo!

[...]

Habló una vez del pecado original del olvido intencionado, de la represión de la memoria. ¿Para Usted, el pecado original no es más bien la distracción?

La distracción es sólo otra forma de represión de la memoria. La distracción es el tubo por el que se puede evacuar las cosas reprimidas sin darse cuenta. La distracción es anestesia, y no hay que confundirla con entretenimiento. La palabra americana «entertainment» siempre se traduce como «entretenimiento», enfrentando entretenimiento y no-entretenimiento. Un craso error. Estrictamente hablando, la *Pasión de San Mateo* también es entretenimiento. Pero no es distracción.

¿Entonces nuestra hermosa industria de la cultura y del sentido es una industria de la distracción?

Así es. La distracción siempre es una huida, pero también es necesaria. Si alguien tiene un trabajo físico muy duro y vuelve a casa completamente extenuado, claro que no quiere ver una película de Haneke. Quiere ver algo para desconectarse. Por eso la programación de la televisión está hecha para no tener que desconectarla. Tiene que permitir desconectarse uno mismo.

Un tipo al que desprecia profundamente es el del intelectual liberal, como el pope de la literatura en «Caché». ¿De dónde le viene esa inquina? ¿Tuvo un profesor así,

un intelectual de vino tinto y pantalones de pana?

También hablo de mi mismo, claro. Todos somos presos de nuestro liberalismo. Sabemos las cosas, pero a pesar de saberlas no podemos hacer más que enunciarlas. Y nosotros los cineastas podemos formularlas en forma de película. ¿De dónde viene hoy el cine más interesante? Del Tercer Mundo. Porque esa gente tiene algo por lo que luchar. Nosotros no hacemos más que describir permanentemente el asco que sentimos de nosotros mismos. Eso es el nivel más alto que se puede alcanzar cuando se vive aquí. Ese tipo de precisión y optimismo –palabra estúpida– que posee por ejemplo un director como Abbas Kiarostami, sólo es posible si se es de un país como Irán. Artísticamente, le envidio mucho por esa posición. Kiarostami se puede permitir la utopía, nosotros ya no podemos permitirnosla. En nuestra boca se convierte en una frase vacía.

[...]

Creo que usted tiene muchos puntos de contacto con la ópera. Don Giovanni es el primer sujeto de la edad moderna. El primero que se distrae y se disipa continuamente.

Así es. *Don Giovanni* es pura furia vital. Comparto la interpretación romántica del *Don Giovanni* como anestésista de sí mismo.

Para usted, ¿es alguien que no se puede decidir por el amor?

No, no es una cuestión de decidirse o no, es una cuestión de miedo. Es el miedo de la pérdida en su sentido más amplio, el miedo de perderse a sí mismo. El miedo es el sentimiento más profundo.

Desde un punto de vista histórico, ¿Con el Don Giovanni de Mozart, comienza la «enfermedad de los sentimientos», o, co-

mo usted dice, la larga historia de la glaciación emocional?

No, si escucha *La Coronación de Poppea* de Monteverdi, esa es todavía mucho más gélida. Según yo sepa, es la única ópera de la historia en la que vence el mal. Es increíble. Es como *Hasta que llegó su hora* de Bertolucci, cuando Klaus Kinski y sus cuatros al final acribillan a todos y se alejan sobre la nieve. Hay poquísimas obras en la historia en las que al final vence el mal.

En efecto, la bajada al infierno de Don Giovanni sólo distrae del hecho de que el mal ha vencido...

Sí. La bajada al infierno es el punto clave de la interpretación. Ahí se decide si la representación funciona o no. ¿Cómo se escenifica un juicio divino en un mundo sin dios? Pero eso no lo quiero contar ahora.

¿Por qué no se hizo pianista?

Porque no tuve el talento suficiente. Mi padrastro era compositor y director, y por supuesto se dio cuenta: «Está muy bien que te entusiasmes tanto pero nunca serás pianista». Gracias a Dios le creí y en el fondo se lo agradezco. No hay nada peor que ser un músico sin talento. Ya hay bastantes.

Si pudiera elegir, ¿Qué preferiría ser hoy, director de cine en la cumbre o músico en la cumbre?

Si pudiera elegir –allá arriba, donde se reparten los regalos... Preferiría ser compositor o director. La música para mí es la reina de las artes.

¿Porque la verdadera belleza es invisible? Exacto, es invisible. Sólo se hace visible mediante la elipsis, sólo así funciona.

© DIE ZEIT 19.01.2006 Nr.4,
Traducción de Christoph Ehlers